

Jueves 19 de septiembre del 2002

• TRANSICIONES •

Víctor Alejandro Espinoza Valle



Mujeres

Recientemente, en una reunión celebrada en un centro académico con el fin de presentar un producto conmemorativo del aniversario de tan prestigiada institución, una de las edecanes que se encontraba al frente del podium se desmayó intempestivamente —aunque no sé si esta es la expresión correcta, pues imagino que todos los desvanecimientos son intempestivos—. El hecho, inédito para quien esto escribe, suscitó múltiples comentarios y, sobre todo por tratarse de académicos en su mayor parte, algunas hipótesis dignas de un trabajo de investigación. Sólo me detengo en dos de ellas. La primera, sostenía que la pobre muchacha se puso muy nerviosa desde el momento mismo que le anunciaron que acudiría a una reunión de “académicos”. Es muy probable que nunca hubiera visto a esta rara especie reunida; o que la rara especie la hubiese visto de tal manera, que le provocó la ansiedad que la condujo al desmayo.

La otra hipótesis, que creo más plausible, sostuvo que bien podría tratarse de un problema asociado a la anorexia. La presión a la que se ven sometidas las personas dedicadas a este tipo de trabajo es muy intensa. Deben conservar ciertas tallas, lo que las obliga a dietas severas y *malpasadas*. Seguramente nuestra edecán no había probado alimentos y de ahí el problema que se le presentó. Aunque hay hombres que desarrollan este tipo de actividad, la participación de las mujeres es mayoritaria. El periodo de tiempo por el que logran conservar el empleo es muy limitado; generalmente al llegar a los 30 años, como en el modelaje, deben buscar otro trabajo.

Al igual que otro tipo de actividades, la profesión de edecán ha sido concebida como típicamente “femenina”. Pero también es el caso de las enfermeras, educadoras, cultoras de belleza, personal administrativo, etcétera. Salvo raras excepciones, son empleos de poco prestigio social y mal remunerados. Hacia finales de los años ochenta, acicateado por el discurso oficial que sostenía que las mujeres ya tenían las mismas oportunidades laborales que los hombres en el sector público, decidí realizar una investigación. Tomé una de las dependencias donde efectivamente había más mujeres que hombres en la plantilla. Gracias a que obtuve la nómina del personal pude establecer las categorías y niveles laborales. La estadística demostró que las mujeres ocupaban los niveles más bajos del escalafón. A medida que se ascendía, las mujeres cedían sus cargos a los hombres. En la cúspide de la pirámide las mujeres habían desaparecido. Estoy seguro que la situación en el mercado laboral sigue siendo la misma.

Al problema de la desigualdad por género se agrega la diferencia por pertenencia social. Evidentemente, quien cuenta con recursos económicos tiene la oportunidad de ingresar a ciertas carreras que permiten el acceso a mejores empleos y salarios. El problema de la desigualdad no es tan agudo, aunque no deja de existir la inequidad, conforme se asciende en la escala social. Sin embargo, en la base de la pirámide social los problemas para la mujer se recrudecen. Cada día es mayor el número de mujeres jefes de familia; en el Norte es muy evidente, sobre todo en la industria maquiladora. Las jefas de familia llevan el peso fundamental del sostenimiento del hogar, a veces incluso cuando tienen pareja. El hecho que en el empleo maquilador o en el trabajo doméstico sea privilegiada la mano de obra femenina, excluye a los hombres del mercado laboral y los convierte en dependientes. La mujer agrega otra pesada carga a su difícil existencia.

A finales de los ochenta, el sociólogo español Ludolfo Paramio causó gran revuelo en los círculos académicos europeos con la publicación de un artículo en el cual reivindicaba el “derecho a la infelicidad”. Decía que ciertos empleos eran tan rutinarios, estresantes, pesados y mal remunerados, que las mujeres que tenían la posibilidad de no aceptarlos y dedicarse a las labores del hogar, deberían de hacerlo. No se trataba de trabajar por trabajar, sobre todo cuando las condiciones en que lo harían las volverían sujetos de explotación y que perderían más —en todos sentidos— que quedándose en casa. El feminismo de aquellos años evidentemente pidió la excomunión, aunque nadie presentó una argumentación convincente que refutara su tesis. Sería interesante discutir este tema en México, y sobre todo en el Norte, donde la precarización del empleo parece ser la nota dominante.

El autor es politólogo, secretario general académico de El Colegio de la Frontera Norte.